5. Yiyo humo y brisa conjugada...

César Augusto Tapias Hernández

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros

TAPIAS HERNÁNDEZ, C.A. Yiyo: humo y brisa conjugada... In: *Historias de familia: Etnografía delirante sobre el amor, la violencia y las drogas* [online]. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2014, pp. 21-23. Textos de ciencias humanas collection. ISBN: 978-958-738-543-4.
<https://doi.org/10.7476/9789587385434.0006>.

All the contents of this work, except where otherwise noted, is licensed under a [Creative Commons Attribution 4.0 International license](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Todo o conteúdo deste trabalho, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença [Creative Commons Atribuição 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Todo el contenido de esta obra, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia [Creative Commons Reconocimiento 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

5. Yiyo: humo y brisa conjugada...

*He visto más locos fuera del sanatorio (mira donde
quieras: almacenes, fábricas, oficinas de correos, tiendas
de animales, partidos de béisbol, oficinas políticas).
Había un tipo absolutamente equilibrado. Podías
hablar con él sin problema, se llamaba Bobby, parecía
normal del todo. De hecho parecía más normal que la
mayoría de los comecocos que intentaban curarnos.
Charles Bukowski, Púrpura como un iris*

Según le escuché a mi tío Jaime y a su esposa Teresa, “Yiyo” puede jugar billar con quien sea y ganar: “Pero a veces coge unas manías que hay que regañarlo —dice mi tío—. El otro día le conté que en un cuarto de hora se lavó las manos y la cara más de veinte veces, salía al balcón y volvía otra vuelta al baño... Nooooo”.

Estamos en una reunión familiar celebrando la Navidad, y “Yiyo” ha comenzado a caminar por toda la casa de mi tía Irene: sale hasta el patio de enfrente, pasa por toda la sala hasta el patio de atrás, y puede hacer lo mismo muchas veces. No las conté. Viéndolo y escuchando los comentarios de mi tío, pienso en aquello de lavarse varias veces....

—Terminó con la cara roja —aclara Teresa.

Creo que lo que más importa de esa repetición del hecho en sí bien puede ser la ratificación de la negación del tiempo o algo así... La constante preparación para algo que no pasa, que no llega porque lo que importa... es... el trance, el tránsito, la pausa... Un momento fulgurante entre esta y la otra dimensión... Algo solo perceptible para el propio interesado, ya sea un drogata, un loco... Un Gómez Jattin, un H Tales, mi primo “Yiyo”... Otro yo.

No pretendo establecer un nuevo dictamen clínico sobre mi primo o la locura... La verdad, en este momento ni siquiera me interesa conocer lo que dicen los

médicos. Por lo que yo veo, “Yiyo” es normal: hace un rato que llegó el sancocho al que fuimos invitados todos los Fernández, y saludó a uno por uno a los que allí estábamos, aunque guiado por Teresa; igual, servicio de compañía innecesario, porque Edison, alias “Yiyo”, goza del aprecio de todos. A todos los reconoce y todos le ofrecen un saludo caluroso.

Después de un rato vi que se sentó a la mesa con la pretensión de jugar a las cartas, un “apuntado”, según parecía, “bajando” como también le dicen a ese juego, y mientras todos discutían cualquier cosa como los puntos que llevaban, “Yiyo” barajaba las cartas como un verdadero sabihondo de la cosa ¿Tahúr es que llaman?: las separa en dos montoncitos que entrecruza rápidamente y una vez que tiene solo un montón, golpea todas las cartas contra la mesa para hacer del montón algo uniforme...

Tendrían que ver cómo repartió su “mano”: de a cinco cartas inicialmente y al concluir la ronda, otras cinco, preguntando desde luego a quién le correspondían las once cartas... Fue la mejor “mano” de la tarde, un juego reñido, cartas bien barajadas. Seguía el juego y “Yiyo” continuaba en su mundo, suspendida la mirada en el vacío. Aun cuando yo estaba en su mira, no era a mí a quien miraba. Lo sé porque comenzó a hablar, y hablaba y hablaba con alguien que no era yo, no eran para mí esas palabras, aun cuando yo estaba en su mirada. Vi que se impacientaba por ratos; pero volvía a calmarse y era inevitable que los demás lo miraran e interrumpieran su juego.

Mary Luz, una de las hijas del tío Gilda, lo sacaba del trance donde estaba para enseñarle su juego, y “Yiyo”, como si nada, inmediatamente sabía qué carta tirar, y de nuevo al trance... Yiyo recoge otra carta para Mary; pero como no le sirve al juego que ella tiene, la deshecha... Y otra vez...

Le escuché a Teresa que un día le pegó a “Yiyo”, a causa de una de esas manías y le pegó de forma insistente (¿así de insistente como es él con sus manías?). Obviamente, según ella, fue una “pela” moderada... Y, sin embargo, el Yiyo finalmente le dijo: “Te te te te estás eeeeenloqueciendo ooo qué, mamá..., dddddejá de pegarme!”.

“Yiyo” siempre ha tenido dificultades para hablar: medio gago, medio pegado, quizás sea algo más grave que su andadera repetitiva, pues no le deja expresarse bien; pero la muestra —disonante para los “normales”— de su estado alterado es que camina y camina. Así, pues, parece que en todas las áreas de su conducta, de no ser por esa cosita de caminar de un lado a otro, hablando unas veces, moviendo su cuerpo extrañamente otras, Yiyo es como usted y como yo. Lo de moverse puede

verse como algo simpático; pero siento que es algo que “Yiyo” finalmente tiene que hacer. Confieso que a veces lo hago yo también. “La locura se calma caminando”, sostiene una amiga.

Un vecino de mis abuelos afirma que a “Yiyo” lo rezó una vieja. Cosa más absurda no había escuchado nunca. Junto a la casa de mi abuela, “Yiyo” tiene primos, de esos seres presumidamente convencidos de su “normalidad” y que se creen en capacidad de censurar otras actitudes y entonces rehúsan su presencia y no le abren la puerta cuando él los visita... No pueden ocultar su antipatía. Insisto en que, además del caminadito, “Yiyo” es normal. No entiendo la actitud de la gente, pero sí logro entender el embeleso donde se ubica la mente del primo... Y me parece lógico, se enajena de la absurda rutina de todos nosotros. “Yiyo” logra derrotar la engañosa apariencia de la realidad y de cuando en vez baja a nuestro nivel para complacernos con su presencia, entonces nos regala una sonrisa. Pero se rehúsa a los cuestionamientos, porque a lo mejor ya lo sabe todo: mientras los demás nos movemos entre dudas y mentiras: apéndices de nuestra existencia: dudas y mentiras, mentiras para nosotros mismos... Él flota en su verdad, la repetición...

“Yiyo” sigue desconectado de nosotros en medio de la caminata que a tantos preocupa, sabiéndose etéreo y mágico... Como todos podemos también ser, ¡si pudiéramos desconectarnos...! Él, yo... Nuestras miradas... Aquella tarde donde mi tía Irene éramos viento y humo, respectivamente. Conjugados, revoloteábamos por allí siendo poesía incomprensible, centro de teorías descalificantes que dicen que estamos locos...